

Jaime de Cendra

Las ventanas

**PRESENTADO AL III PREMIO
DIDASKALOS DE RELATO CORTO 2020**

A Mariano Pájaro le arrancó de su sueño profundo y negro el timbre de la galería. Sus huesos apenas sentían ya la dureza del hormigón bajo el fino catre de paja. Uno acaba acostumbrándose a todo si le dan tiempo. Basta con que el proceso de despojamiento sea lento, como un río que va horadando un valle. Después de algunos años, un hombre es capaz de haber olvidado los olores, los sabores, los rostros, y todas las sensaciones que son patrimonio de la gente sencilla. A Mariano no le quedaba nada y le daba igual, porque no lo echaba de menos. Solo una cosa le faltaba. Si le hubieran concedido un deseo, uno solo, no tres como el genio de la lámpara, sino uno, habría pedido una ventana. Hacía veinte años que no se asomaba a una. Y como todo lo que se recuerda mal, lo había mitificado en su memoria. Todo era posible a través de una ventana, lo que se veía y, sobre todo, lo que no se veía. La ventana era el mundo. Mariano se incorporó en la cama, se frotó la espalda, la cara y se pasó la mano derecha por los cabellos sucios y enredados. Calculó que le quedaban cinco minutos para asearse y vestirse. Se incorporó y se giró para encarar el lavabo. Pegado a este, a su derecha, una placa en el suelo con un agujero en el centro, le recordó que tenía ganas de vaciar la vejiga. Lo hizo apoyado con la mano en la pared, sintiendo cómo se le soltaban las piernas mientras miraba el techo a tres metros sobre su cabeza. “Ni ahorcarse era posible en aquella maldita celda”, pensó. Abrió el grifo y un hilo de agua brotó de aquella boca negra, desdentada y avara. Se lavó la cara con dos golpes de mano, se puso su traje de presidiario, se giró, avanzó tres pasos y se paró ante la reja. Sacó las manos y esperó que el guardia le esposara. Durante todo el proceso no se había escuchado ningún ruido en aquella galería de cincuenta celdas.

Se abrieron las puertas de las celdas y Mariano, en fila con los demás, arrastró los pies unidos por una cadena hasta el comedor. También a aquel rancho se había acostumbrado. Comer se había vuelto para él algo sencillamente necesario, como echar gasolina al coche. Se sentó en la primera mesa. Ocho presos más la compartían con él. Los conocía a todos y a ninguno. Allí algunos mentían y otros decían la verdad. El resultado es que Mariano no se fiaba ni de su propia historia. Evitaba el contacto visual con los demás mientras se llevaba mecánicamente la cuchara a la boca. La cadencia era vital en aquella empresa. Ni siquiera cuando una mosca se posó en su plato, interrumpió él su ritmo. La cuchara subía y bajaba, del plato a la boca y de la boca al plato, los ojos fijos en un espacio infinito que parecía atravesar la mesa y llevar más allá de aquel desierto de cemento y luz artificial.

El timbre volvió a sonar y Mariano soltó la cuchara. El aire se llenó con el golpe metálico de cincuenta cubiertos soltados al unísono sobre las bandejas de metal.

Iba a levantarse, cuando una mano se posó sobre su hombro y oyó al guardia decirle desde atrás: “El Señor Cepo quiere verte. Ven conmigo”. El señor Cepo era el alcaide de la prisión. De pequeña estatura, nariz puntiaguda y pelo oscuro engominado y peinado hacia atrás, tenía un cierto aire a pingüino. Vestía invariablemente igual: camisa blanca y traje negro con corbata del mismo color. Refugiaba su corta vista tras dos gruesos cristales sobre una montura ancha de pasta negra. Mariano no tenía permitido mirarle a los ojos, pero se los imaginaba pequeños, huidizos, en permanente vigilancia ante posibles peligros. Cuando entró en su despacho con la mirada baja, el Sr. Cepo le recibió con su voz chillona y afectada.

—Preso 365, no tengo más que un minuto para comunicarle su nuevo oficio. El preso 300 falleció ayer. Se ocupaba de la biblioteca de la prisión. He visto en su expediente que sabe leer. De modo que podrá desempeñar con soltura ese oficio. El agente Segundo le explicará su tarea. Puede retirarse.

Cuando llegó a la biblioteca, Mariano se paró en seco. Ante él, decenas de estanterías paralelas se prolongaban durante metros por una sala de la que no se veía el final. Todas ellas estaban plagadas de libros tan apretados que no cabía un folio entre ellos. Lomos rojos, verdes, azules, con letras doradas, se prolongaban hasta el infinito. El techo era alto y hasta él llegaban las estanterías. Escaleras apoyadas en ellas daban acceso a los niveles superiores. Mariano cerró la boca y tragó saliva.

—¿Cómo... cuándo...? —balbució. Nunca se hubiera imaginado algo así en aquel penal.

—Esta sala es un colector de libros —dijo el guarda—. Aquí vienen a parar los que la gente ya no quiere o no lee. Lo llamamos “El arca”. Cada día pondrás libros en ese carrito —el guarda señaló un carro de madera con ruedas que estaba en una esquina— y lo llevarás a la sala común para que los presos que quieran los cojan. Anotarás los préstamos y las devoluciones. Pero tranquilo que aquí casi nadie sabe leer.

El guarda salió y cerró con llave tras de sí. El golpe de la puerta fue un cañonazo en el silencio inmenso, casi sagrado de aquel lugar. Flotando en el aire, delatadas por la luz de los focos, millones de partículas de polvo se movían como insectos. Olía a pergamino viejo, a cuero y a tinta. Olía a algo que hacía años Mariano había olvidado. Cerró los ojos y recordó aquel libro que su mujer le regaló por su cuarenta cumpleaños y el momento en que, al abrirlo, sintió ese olor a cola y papel de los libros nuevos. Aquella sensación fue un viaje en el tiempo que le hizo recorrer veinte años en un segundo. Cuando volvió a abrir los ojos, se acercó a la estantería que tenía enfrente y cogió un libro al azar: “La isla del Tesoro” por R. L. Stevenson. Sonrió mientras acariciaba las tapas de cartón duro. En ellas se veía un navío acercándose a una isla con las velas desplegadas. Se sentó en el suelo y comenzó a leer: *El caballero Trelawney, el doctor Livesey y los demás gentiles-hombres me han pedido que relate los pormenores de lo que aconteció en la isla del Tesoro, del principio al fin y sin omitir nada excepto la posición de la isla...*

El timbre fue un golpe en la sien. Se incorporó como un resorte, dejó el libro y se acercó a la puerta a esperar que llegara el guarda.

Durante esa semana, no hizo otra cosa que leer *La isla del tesoro* en su tiempo libre. Al cabo de seis días lo había terminado. Si cerraba los ojos, podía escuchar la voz del vigía gritar: “tierra a la vista”, y hasta podía oler la arena salada, la brisa marina y los efluvios de la selva. Pero cuando volvía a abrirlos se topaba con el mismo muro de hormigón infinito y la luz muerta de los focos.

La semana siguiente cogió otro libro al azar que resultó ser “Colmillo Blanco”, por Jack London. Sentado en una esquina del patio, mientras unos presos hablaban y otros caminaban en un círculo inacabable, Mariano leía con avidez: *A un lado y a otro del helado cauce se erguía un oscuro bosque de abetos de ceñudo aspecto. Hacía poco que el viento había despojado a los árboles de la capa de hielo que los cubría...*

Aquel día, en el comedor, por primera vez en mucho tiempo, mientras sostenía en el aire la cuchara con la vista perdida en el vacío, un compañero le hizo una pregunta.

—Eh tú ¿se puede saber qué te pasa?

Mariano pareció salir de un letargo, le miró largamente y le dijo —estaba pensando.

—¿En serio? No me hagas reír. Ten cuidado con eso, dicen que es peligroso.

—En realidad estaba recordando un viaje que hice a Alaska —metió la cuchara en el engrudo y se la llevó a la boca sin dar importancia a su comentario.

— Con que un viaje a Alaska, ¿eh? ¿Habéis oído? —dijo el hombre con sorna mirando al resto del grupo sentado a la mesa— dice que ha estado en Alaska..., y girándose de nuevo hacia Mariano, le preguntó: ¿y se puede saber cuándo carajo has estado tú en Alaska?

—Hace tiempo. Tenía una jauría de perros y recorría en trineo enormes distancias —y Mariano se pasó treinta minutos contando la historia de Colmillo Blanco como si fuera la suya.

Al día siguiente se había corrido la voz de que aquel tipo taciturno y anodino que nadie hubiera imaginado más allá de su pueblo natal, había estado en Alaska. En el patio, un grupo de presos le pidió que contara su historia. Al terminar la semana, toda la galería la había escuchado al menos una vez.

El lunes, de nuevo en el patio, Mariano se sentó en una caja y a su alrededor se congregaron los cincuenta presos de su galería. Nadie osaba mover un músculo. Mariano se aclaró la garganta y un silencio denso y sagrado cayó sobre aquel grupo de hombres rudos y analfabetos. Alguien tosió y un preso de la primera fila se giró con un dedo en los labios y mirada amenazante. Los ojos de aquellos desgraciados miraban a Mariano con una mezcla de súplica y admiración, esperando a que comenzara a hablar. Y Mariano comenzó: *El caballero Trelawney, el doctor Livesey y los demás gentiles-hombres me han pedido que relate los pormenores de lo que aconteció en la isla del Tesoro, del principio al fin y sin omitir nada excepto la posición de la isla...*

A aquel relato le siguió “Huckleberry Finn” y a este “Veinte mil leguas de viaje submarino” y a este muchos otros, y el patio acabó convirtiéndose en una suerte de auditorio cuyo centro presidía Mariano sentado en su caja.

—El Sr. Cepo quiere verte —la orden del guarda le llegó como el anuncio de un cáncer. Sabía que podía suceder, pero esperaba que no lo hiciera. El trayecto hasta el despacho del alcaide fue un via crucis que recorrió con la mirada perdida, las manos temblorosas y un vacío inmenso en el estómago. “Si me quita los libros me mato. No lo soportaré. Ya no...ahora que por fin...”. Llamó a la puerta y tragó saliva. Desde dentro le llegó la orden,

—¡Adelante!

—Buenos días Sr. —le dijo Mariano sin levantar la vista— había en su voz sumisión y humildad fingida, miedo y precaución.

—365, me han informado de una reunión no prevista que tú presides en el patio durante el tiempo libre. ¿Es eso cierto? —aquel timbre de voz le pareció el siseo de la serpiente antes de atacar.

—Sr., es tan solo un cuento cuentos. Les cuento cuentos... solo eso... —Mariano veía los zapatos del Sr. Cepo apuntándole a él, quietos, negrísimo...

—Es una reunión no prevista y por ello ilícita. Esa es la cuestión. Pero dígame, ¿qué clase de cuentos? —el tono de voz le había cambiado y Mariano intuyó cómo la trampa se preparaba.

—La Isla del Tesoro, Colmillo Blanco, Huckleberry Finn... ¿los conoce? —nada más hacer la pregunta se dio cuenta de que había dado un paso en falso.

—¿Qué si los conozco?! ¿Cree que soy un palurdo como los que escuchan sus sandeces? La cuestión es que son historias que incitan al desorden y la sedición.

—Sr. —le interrumpió desesperado Mariano— son inofensivas, ¿cómo podrían causar problemas? —había angustia y súplica en su voz.

—La Isla del Tesoro es la historia de una rebelión a bordo; Colmillo Blanco habla de libertad y Huckleberry Finn de un libre albedrío desordenado, perezoso e irresponsable. Justo lo que este penal no necesita. El Sr. Cepo miraba fijamente a Mariano alzando la voz y el dedo índice como si diera una lección. La trampa se había cerrado con un golpe seco y Mariano sintió que tenía que liberarse de ella a toda costa.

—Pero Sr. ¿acaso no hay más orden en el patio? ¿No han disminuido las reyertas entre presos? Creo que es por los cuentos...En veinte años no había visto nunca nada así. Por favor, déjeme continuar. Si algo malo sucede, lo dejaré de inmediato.

El Sr. Cepo se quedó un momento en silencio ponderando sus argumentos.

El tiempo pareció detenerse y Mariano contuvo la respiración. Podía escuchar sus propios latidos y sentía el peso infinito de los ojos del director sobre él. Finalmente el Sr. Cepo habló.

—¿De modo que el orden en el patio y la disminución de las reyertas se debe a tu estúpido cuentacuentos? ¿De modo que la disciplina que impongo en este lugar y mi gestión no son los causantes de esta supuesta mejora? —el tono de su voz oscilaba entre el sarcasmo y la ironía— quizás entonces debería escribir al ministerio para recomendarte como director penitenciario del año, ¿qué te parece?

—Yo...no quería decir que...

—Tú no querías pero lo has hecho —le cortó el Sr. Cepo— se acabaron los cuentos y las reuniones ilícitas; y además, creo que esta prisión ya no necesita un bibliotecario —estas últimas palabras las dijo despacio, escrutando el rostro abatido de Mariano para deleitarse con su reacción.

Fue un corte de bisturí, delicado y letal —de modo que desde hoy quedas relegado de tu cargo. Puedes retirarte.

A Mariano parecía que le había fulminado un rayo. Seguía inmóvil, con los ojos fijos en el suelo. Su boca, levemente abierta, los hombros caídos y los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo, le daban la apariencia de un espantapájaros derrotado.

—¡He dicho que puede retirarse 365! Y que no vuelva a escuchar nada de cuenta cuentos ni demás monsergas o le prometo que lo sentirá.

Mariano se giró y salió del despacho. De un solo golpe se lo habían quitado todo y el vacío era inmenso. Antes pensaba que nada había peor que la cárcel. Ahora sabía que no era cierto, había algo peor. Y era que ninguna esperanza podía germinar en aquel lugar. Había empezado a creer y le habían matado la fe en la cuna. ¿Qué sentido tenía seguir viviendo? El suicidio se le apareció como un consuelo posible.

Llegó al comedor y se dejó caer en la silla donde solía sentarse. No hizo ademán de tocar su comida, ya no tenía sentido.

—Ni que se te hubiera muerto el padre —le soltó el preso sentado enfrente de él. Mariano pareció no escucharle: eh, ¿estás bien? Oye “Esquimal”, ¡que te estoy hablando, hombre! Mariano levantó la cabeza

—¿“Esquimal”? ¿Me has llamado “Esquimal”?

—Sí hombre, aquí todo el mundo te llama así desde lo de los cuentos, ya sabes, lo de Alaska y eso —y de su boca llena salían disparados pedazos de comida— porque, ¿tú estuviste allí, no? Quiero decir, de verdad...

Mariano abrió la boca para responder, pero la cerró de golpe. Empezar a hablar significaba empezar a contar y eso le traería problemas. De modo que

asintió con la cabeza muy despacio. Oírse llamar “Esquimal” había activado un resorte escondido en su mente y de repente todo había vuelto a funcionar.

—Y tú ¿cómo te llamas? —le preguntó.

—Aquí todos me llaman “el Bate” —dijo torciendo el labio en una sonrisa siniestra que le terminaba en el ojo derecho.

—¿“el Bate”? ¿De béisbol?

—Eso mismo —respondió “el Bate” sin levantar la vista de su plato— me lié a batazos con una pareja de maderos en un atraco y le reventé la cabeza a uno. Murió en el hospital. Tuve mala suerte...

—Porque te cayeron 30 años, supongo.

—No, porque no maté al otro —respondió, esta vez mirando a Mariano directamente a los ojos. Pero ahora no quedaba ni rastro de la sonrisa siniestra, solo dos ascuas heladas debajo de unas cejas demasiado pobladas —y ahora me vas a decir qué carajo te pasa, “Esquimal” —Mariano le miró y tuvo la sensación de que podía fiarse de un tipo que, como él, no tenía nada que perder.

—Me pasa que el director me ha prohibido volver a contar cuentos y me ha relegado como bibliotecario —y a medida que lo decía le iba pareciendo que la cosa no era tan grave y que, en aquella jungla de hormigón, el que no llora no mama, como dice el refrán.

—Ya, muy propio de ese malnacido ¿Y qué vas a hacer? Porque supongo que no te vas a quedar llorando como una nena, ¿verdad? ¿O acaso te metieron aquí por ser una nena?

—El por qué estoy aquí es asunto mío —dijo con calma mirando a “el Bate”— y en cuanto a lo que voy a hacer, todavía no lo tengo claro. ¿Alguna sugerencia más allá de liarme a batazos?

—Pues mira, eso no estaría mal, yo me apuntaría al plan. ¿Eh? ¿Qué te parece? “Pim pam pum” —e imitaba el ir y venir de un bate de béisbol— no, ahora en serio, a mi me parece que ya hay bastantes prohibiciones en este lugar de mierda. Tus cuentos son lo más decente que ha pasado aquí en los últimos 5 años. Échale narices y sigue con ello. A lo más te meten en “la jaula” un par de semanas. Es un puñetero zulo de dos por dos más vacío que el alma del alcaide. Los días se hacen largos allí, pero es soportable.

—Ya... menuda perspectiva. ¿Y después? No. Necesito saber por qué me ha prohibido contar los cuentos. No tiene sentido, no hacía daño a nadie y sus razones no parecían convincentes —Mariano pensaba en voz alta y “el Bate” le miraba como si viese un prodigio.

—Un momento Sherlock...¿se dice así, Sherlock, no? —preguntó.

—Sí —respondió Mariano con una sonrisa— se dice así.

—Vale Sherlock, mira, deja de comerte el tarro. Yo hoy me entero de qué mosca le ha picado al Sr. Cepo y te digo. Aunque no sé de qué te va a servir eso. A mi me parece mejor lo del bate...pim pam pum... —y comenzó de nuevo su vaivén de brazos.

—Gracias —dijo Mariano.

En ese momento sonó el timbre y los presos volvieron a sus celdas. Aquella noche Mariano no pudo conciliar el sueño. Así que él era “el Esquimal”...tenía gracia la cosa. Ganarse un mote en aquel lugar solo era propio de los presos a los que se temía y de aquellos a los que se admiraba. Él no era de los primeros, de eso estaba seguro. Sintió entonces, quizás por primera vez en su vida, que tenía una responsabilidad para con aquellos desgraciados que compartían su misma suerte. Les había mostrado un camino que no discurría por la violencia ni por el odio y ellos lo habían aceptado. No podía abandonarlos ahora.

—Bueno qué —preguntó Mariano sin poder disimular su inquietud. Estaban los dos sentados un una esquina del patio, alejados del resto del grupo.

—¿Qué de qué? —le respondió “el Bate” con apatía. Parecía que hubiese olvidado completamente la conversación del día anterior.

—¿Qué has descubierto sobre los motivos del Sr. Cepo para prohibirme el cuenta cuentos? —procuraba mantener la calma y un tono bajo de voz al mismo tiempo.

—Ah...eso...bueno pues verás, la cosa es complicada —el Bate empezó a mirar alrededor tratando de localizar posibles curiosos— resulta que nuestro Sr. Cepo es un camello de cuidado. Tiene montado un “tinglao” en la trena de aquí te espero. El negocio se lo lleva un preso al que llaman “el Cebo”. Lidera un grupo que se ocupa de todo el trapicheo dentro. El Sr. Cepo mete la farlopa y el Cebo se la mueve.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tranquilo que a eso voy —le respondió el Bate asintiendo con la cabeza— resulta que tus cuentos han provocado un efecto inesperado en los clientes de Cepo, vamos, que han dejado de consumir como antes. Mira tú que cosas. Allá fuera no había quien los desenganchara y aquí lo has logrado tú con unos meses de cuentos.

—Vaya... —Mariano miraba al suelo pensativo, imaginaba que había otra razón pero no esperaba esto. ¿Qué opinas? —el Bate se giró hacia él muy despacio

—¿Qué opino? Pues que es un asunto muy feo. Ése “Cebo” es un tipo peligroso, ya se ha llevado por delante a más de uno; de aquí no sale, eso seguro. De modo que no tiene nada que perder —Mariano le escuchaba mientras en su cabeza se iba dibujando un plan. A medida que tomaba forma se le fue esbozando una sonrisa que a “El Bate” no le pasó desapercibida.

—¿En qué piensas?

—Tengo una idea que podría funcionar —dijo frotándose las manos delante de la cara. Entonces paró y, con las manos juntas como si rezara pero apuntando a “el Bate”, le soltó: voy a chantajear al Sr. Cepo. El Bate lo miró de frente. No sonreía.

—A ese tipo no se le puede chantajear. Este es su reino, él es dios y tú no eres nada.

—Pues por eso mismo, porque seguro que no quiere perder su reino. Mira, pido hablar con él y le digo que sé lo de la droga y que si no me deja volver a “lo mío” me ocuparé de que “lo suyo” se sepa.

—¿Y cómo harás para que se sepa “lo suyo”? Sabrá que vas de farol.

—No es tan difícil. Siempre hay visitas a los presos que pueden llevar un mensaje al exterior. Bate —dijo agarrándole del brazo— necesito que me busques a esa posible visita, por si acaso... el Bate miró la mano posada en su brazo y después miró a Mariano a directamente a los ojos

—Veré lo que puedo hacer —y se levantó dando por terminada la reunión.

Esa misma tarde Mariano colocó su caja en el centro del patio y se sentó en ella. Los presos, al ver el ritual, se acercaron y se sentaron como solían hacer, en círculos concéntricos a su alrededor. El receso del patio duraba exactamente media hora. En ese tiempo “el esquimal” pudo relatar un capítulo de “Colmillo blanco”. Cuando llegó al comedor con los demás presos, dos guardias le estaban esperando para llevarlo al despacho del Sr. Cepo.

—365, el director quiere verte, ya cenarás más tarde. A Mariano la cena le traía sin cuidado. Su plan iba según lo previsto.

—¡Adelante! —la voz de pito del Sr. Cepo sonó al otro lado de la puerta. Mariano entró escoltado por los guardas —esperen fuera— les dijo el Sr. Cepo mientras se reclinaba en su butaca y cruzaba sus cortas piernas de pingüino —no sabía que fueras sordo 365. Te dije que no más cuenta cuentos pero te lo has pasado por el forro. Yo soy un hombre de palabra, cumplo las promesas y las amenazas, y no te voy a defraudar. Te dije que lo sentirías y vaya si lo vas a sentir. Dos semanas en la jaula te ayudarán a reflexionar, puedes retirarte.

—Lo sé todo —dijo de repente Mariano a media voz y levantando la cabeza. Al Sr. Cepo aquello le pilló por sorpresa. No estaba acostumbrado a réplicas.

—Sé lo de la droga y el negocio que tiene aquí montado. Eso es asunto suyo. Lo mío es contar cuentos. El Sr. Cepo seguía inmóvil, tenso y con los ojos muy abiertos.

—Usted me permite seguir con lo mío y yo “olvido” lo suyo —mientras decía esto sentía cien martillos golpeándole las sienes y un nudo estrangulándole el estómago. Se había lanzado a tumba abierta y no había vuelta atrás, como cuando se descubren las cartas sin saber qué tiene el otro. El problema era que “el otro” no era un primo. El Sr. Cepo apretaba los brazos de su butaca con la misma fuerza con que apretaba los dientes.

—¡Cómo te atreves a acusarme maldita basura! —rugió fuera de sí poniéndose de pie de un salto y encarándose con Mariano. Como el alcaide era más bajo de estatura, le gritaba alzando la cabeza y apuntándole con un dedo que bien pudiera haber sido un puñal —¡tú que eres escoria me acusas a mí! Te voy a hacer añicos, no sabes con quién te las tienes, vas a lamentar haber nacido —las venas del cuello se le hincharon como cables de navío y los ojos parecían los de un demente en plena crisis. Los guardas entraron en el despacho, alarmados por los gritos.

—¡Quitad a este payaso de mi vista! —gritó— ¡y metedlo en la jaula un mes!

Dos metros por dos metros...el Bate no había exagerado. Era un cubículo de hormigón vacío con un agujero en una esquina. El golpe de la puerta al cerrarse resonó y le caló hasta los huesos. Un mes allí...¿y para qué? El Sr. Cepo no se había amedrentado. El Bate tenía razón. A ese hombre no se le podía hacer chantaje. Había sido un ingenuo o un temerario. Mariano se sentó en el suelo apoyando la espalda en la pared. Estaba oscuro y el silencio era inmenso. Al cabo de un rato, quizás una hora —en aquel sitio era difícil calcular el tiempo— oyó pasos y pensó que le traían la cena. Descorrieron el cerrojo y la puerta se abrió. La luz le cegó pero pudo percibir cómo varios hombres entraban en la celda. Entonces sintió un golpe fuerte en el estómago que le hizo doblarse y caer de rodillas sin respiración. Le pusieron de pie y sintió como si un mazo le hubiera golpeado en la barbilla, después la nariz y el ojo... no caía porque dos pares de brazos lo sostenían. Cuando por fin le soltaron, se desplomó. Comenzaron a darle patadas. Mariano se encogió sobre sí mismo intentado protegerse de aquella lluvia de golpes hasta que un golpe en la cabeza lo dejó sin conocimiento.

Se despertó como si lo arrancaran del fondo de un pozo. Le dolían los ojos, le pitaban los oídos y sentía que una prensa le estrujaba la cabeza.

—Hombre, por fin te despertaste! —el Bate se acercó a la cama y se inclinó sobre él— ¿cómo te encuentras? ¿Puedes hablar? —las palabras le llegaban desde un mundo lejano, apagadas y distorsionadas. Pero pudo reconocer a el Bate.

—¿Dónde estoy? —preguntó con un hilo de voz casi imperceptible a través de los labios rotos.

—En la enfermería, has estado inconsciente tres días. Has tenido suerte... y me alegro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó torciendo el gesto de dolor.

—Uno de los médicos me debía un favor, estamos en paz.

—Tenías razón —dijo Mariano— no salió bien.

—Lo imaginé cuando ardió la biblioteca...lo siento.

—Claro...la biblioteca —dijo Mariano esbozando una media sonrisa. Siguió un momento de silencio que el Bate no osó romper. Por fin dijo,

—Oye Esquimal, antes de despertar no parabas de decir “las ventanas”. ¿A qué te referías? —Mariano le miró sorprendido.

—¿Eso dije?

—Sí.

—Cosas mías —respondió, y entonces levantó con dificultad la mano derecha intentando agarrar el brazo de su amigo. Bate, tienes que hacer llegar el mensaje a un periódico, tienes...

—Yo me ocupo socio, tú recupérate, que yo me ocupo. Lo juro —dijo besándose el pulgar que formaba una cruz con el índice.

“No va a ser fácil” pensaba el Bate. Tenía derecho a una visita íntima al trimestre. Faltaban cuatro días. El mensaje que quería hacer llegar al periódico debía ser escueto y provocador, al menos lo suficiente para despertar la curiosidad de un periodista. Necesitaba además un detonador, algo que justificase la presencia y las preguntas de un reportero en aquella prisión.

“Cuatro días...” —carajo— musitó entre dientes mientras esperaba que le pusieran las esposas para trasladarle a su módulo.

¡215! —gritó el guarda. El Bate cruzó a paso ligero el patio hasta llegar al celador. Tienes visita. ¡Manos! —ordenó. Extendió las manos y el guarda le puso las esposas. Le condujeron a una habitación donde esperaban tres guardas con las porras listas. Le quitaron las esposas y se desnudó. Ya conocía el procedimiento. Se le acercó un celador con guantes de látex y lo registró. Cuando terminaron le devolvieron la ropa. Se vistió y le condujeron a un pasillo con varias puertas de metal. Cada una tenía una placa con un número. Dentro esperaba la visita.

—La diez —le dijo el guarda— tienes una hora.

El Bate abrió la puerta. La habitación, pequeña, sin ventanas y de paredes blancas, no tenía más que un baño y una cama demasiado pequeña para dos personas. Lola le esperaba sentada en ella. Tenía las manos en el regazo y agitaba las piernas en un rítmico frenesí sin levantar los pies del suelo. Al verle, se levantó de un salto, se le echó al cuello y empezó a besarle sin decir palabra.

—Lola escúchame —la apartó con delicadeza y la miró a los ojos— tengo algo muy importante que decirte. Ella iba a protestar pero el Bate le puso un dedo en los labios. Conocía esa mirada y sabía que no admitía réplica. Se dio la vuelta y se sentó malhumorada en la cama.

—Tú dirás, pero vaya mierda de visita; más te vale que sea importante.

El Bate le contó todo lo más rápido que pudo y a Lola se le abrían cada vez más los ojos.

—¡Tú estás loco! —dijo intentando bajar la voz. Vas a hacer que te maten por ese “Esquimal” al que apenas conoces.

—Es mi amigo...

—¡Y yo soy tu novia, maldita sea! Y ya estoy harta de esto...ya no puedo más, Bate, ya no...—se tapó la cara con las manos intentando ahogar el llanto. El Bate se sentó a su lado y la abrazó mientras le besaba la cabeza.

—Cariño, es importante. El esquimal es distinto. No sé cómo explicarlo. Ha hecho algo nuevo, algo que puede cambiar las cosas. Te necesito, yo solo no puedo hacerlo.

—Está bien —dijo librándose de su abrazo— debo de ser idiota ¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que llevar un mensaje al periódico la Gaceta y decirles que esperen la señal —y le explicó el mensaje y en qué consistía la señal.

—¿Lo has entendido? Es vital que no olvides nada.

—Sí, sí, no soy tonta —le puso los brazos alrededor del cuello y añadió— aún nos quedan veinte minutos y el Bate la miró con una sonrisa que le torcía el labio y le terminaba en el ojo derecho.

Había pasado una semana y el Bate no sabía nada ni de Lola ni de el Esquimal. Se decía que tenía que tener paciencia pero el cuerpo le pedía acción. Caminaba por el patio de la cárcel en círculos interminables parándose de repente para imitar el bateo de una pelota que solo él veía pero que los demás presos imaginaban como la cabeza de un policía. Un preso se le acercó por la espalda y cuando estuvo a su lado le susurró sin girar la cabeza —el Esquimal ha muerto— y siguió su camino. El Bate se quedó por un instante sin aliento, pero no podía pararse. La cabeza le daba vueltas y lo que había empezado como sorpresa y dolor se fue transformando en una ira que le mor-

día el estómago. Comprendió entonces que aquel era el momento que había estado esperando. Tenía que mandar la señal, debía activar el detonador. Se paró. Dobló ligeramente las piernas. Giró el torso juntando las manos y llevándolas hacia atrás. Miró de frente y bateó. Se irguió y miró al infinito mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. “Esa es para ti, Esquimal”.

El comedor de la prisión estaba abarrotado de presos, ciento cincuenta en total. Aparte de los funcionarios que servían la comida detrás de la barra continua, había doce policías con porras pero sin pistolas. Meter un arma en aquel comedor habría sido una locura y un suicidio. El Bate sabía que, en caso de emergencia, otros 30 guardias estaban preparados para entrar con equipación antidisturbios, lo cuál incluía escopetas de pelotas de goma. “Bueno”, pensó “muertos no va a haber”. Con un gesto lento del brazo apartó su bandeja, retiró la silla, se levantó y se subió a la mesa.

—¡Hermanos! ¡Hermanos, escuchadme un momento! —el silencio invadió de pronto el comedor y todos se giraron hacia él. El esquimal ha muerto, esos hijos de perra lo han matado. Nos han quitado todo, nos han robado los sueños. ¡Yo digo que no lo vamos a permitir!

Un silencio eléctrico, de tormenta que se prepara, llenaba el ambiente. Entonces un preso agarró su taza de metal y empezó a golpearla contra la mesa mientras gritaba —es-qui-mal, es-qui-mal... a él se le unió otro, y luego otro y otro más. La resignación de tantos años, la cerviz doblada y la humillación de cada día, el sentirse tratados como animales sin revolverse jamás se fue transformando en ira, en rabia, en odio. Como la ola que se eleva al llegar a la costa, se fue elevando el ánimo de aquella masa sometida. Y cuanto más se alzaba la plataforma de la humillación sufrida, más se erguía el ansia de revancha. ¡Es-qui-mal, Es-qui-mal! El estruendo de las tazas golpeando las mesas

y de las gargantas rugiendo hacía temblar las paredes. Rostros enrojecidos, bocas abiertas, ojos encendidos...era el retrato de un animal que ya no puede ni quiere ser golpeado otra vez. El Bate, desde su púlpito improvisado, alzaba las manos una y otra vez alentando una marea incontenible que iba a estrellarse contra aquellos muros de hormigón.

Los guardias salieron corriendo del comedor. Necesitaban refuerzos. Empezaron a volar las bandejas, las sillas, y las mesas. La comida era lanzada contra las paredes. Era el caos. Entonces el Bate gritó: ¡hermanos! ¡Ya vienen!

Se abrieron las puertas y una hilera de policías vestidos de antidisturbios irrumpió como un alud en el comedor. Comenzó la batalla. Las porras oscilaban golpeando a derecha e izquierda. Los escudos chocaban contra los presos y estos golpeaban con sus puños desnudos los cascos de los guardias.

—¡Retirada! —gritó el oficial al mando. Los guardias se reagruparon y salieron en formación cerrada del comedor.

—¡Se van! —chilló el Bate— y un rugido de victoria llenó la sala. Pero fue solo un receso. La revuelta duró tres días hasta que el ministerio del interior metió al ejército y los números jugaron en contra de los presos. Los noticiarios se hicieron eco de aquella rebelión desesperada y unidades de televisión se desplazaron a los alrededores de la prisión para cubrir la noticia. Aquel era el detonador que el Bate había activado y había dado resultado. Una reportera de la Gaceta estaba allí y sabía más que el resto de sus colegas. Su reportaje fue el más leído aquella semana en la prensa nacional. Se cuidó mucho de acusar al Sr. Cepo de tráfico de drogas. No tenía pruebas y podían denunciar al periódico. Pero sí aludió a fuentes internas a la prisión que la habían informado acerca de un tal Esquimal y unos cuentos. También refirió el “sospechoso” incendio de la biblioteca, la paliza dada al tal Esquimal y la

prohibición a su actividad literaria que tanto había beneficiado a la comunidad presidiaria. Decía sin decir con el arte de acusar sin hacerlo. Las redes sociales ardían con el debate sobre el sistema penitenciario, la resocialización de los presos y los derechos humanos.

Nadie supo nunca que el ministro del interior llamó personalmente al Sr. Cepo y le ordenó que pusiera orden en su casa y que si aquello salpicaba al ministerio, aunque solo fuera una gota, podía darse por jubilado sin honores, sin pensión y sin la madre que lo parió. El Sr. Cepo sabía que, de momento, no tenían nada sólido contra él pero sabía también que si no actuaba pronto era posible que se abriera una investigación que acabaría por destapar ciertos trapos sucios. Tenía que mover ficha rápido y darle algo a la opinión pública que mitigase la situación. Comenzó por explicar el accidental incendio de la biblioteca como una desgracia debida al mal estado de las instalaciones. Continuó explicando que Mariano Pájaro había fallecido debido a una paliza recibida en el penal y que había una investigación abierta para aclarar lo sucedido. Añadió que, aunque infrecuentes, esas situaciones eran posibles en un lugar donde se juntan las personas más peligrosas de la sociedad. Terminó con su cortina de humo: anunció que había recibido permiso para abrir una nueva biblioteca en el centro que reemplazase a la que había ardiendo. Además, se añadía un programa para enseñar a leer y escribir a los reclusos que lo solicitaran.

—Nada hay que me preocupe más que la reinserción social de nuestros presos —declaró el Sr. Cepo con gravedad.

La biblioteca se inauguró un 15 de Mayo y el Sr. Cepo se aseguró de invitar a la prensa sin olvidar al diario La Gaceta. El reportaje fue sensacional. Al alcaide se le llenaba la boca hablando de las virtudes de su gestión peniten-

ciaria. Los presos no tuvieron acceso hasta dos días después. Allí estaba el Bate. Había pasado un mes en la jaula pero se había librado de las palizas. El alcaide no podía permitirse otro escándalo y eso le había salvado el pellejo. Cuando entró en la biblioteca se quedó maravillado. Las estanterías de metal negro se erguían hasta el techo como enormes edificios y cada estante albergaba libros de distintos tamaños y colores. En aquella biblioteca no se veía el hormigón ni los barrotes ni los guardias. Solo libros, y cada libro era una llamada, una invitación a abrirlo y a asomarse a sus páginas. Entonces el Bate lo entendió y, sin poder contenerse, dijo a media voz,

—Ya tienes tus ventanas, Esquimal.

—¿Cómo dices? —le preguntó un preso que estaba a su lado.

—Nada, cosas mías —y se le torció el labio en una sonrisa que le terminaba en el ojo derecho.

